



terminara a los comunistas levantados en la región del Ixtlacíhuatl. Eran unos miserables campesinos que solicitaban un pedazo de tierra.

Por esta razón es indispensable precisar cuál es el comunismo que quiere combatir la Iglesia Católica. A juzgar por los elementos que trabajan en el campo económico de acuerdo con las ideas reaccionarias del clero, el comunismo consiste en lo siguiente: en que el Estado entregue a la llamada iniciativa privada las empresas que controla; en que los fondos de que dispone la banca privada, constituidos por los depósitos de los particulares, puedan operar libremente sin que el gobierno intervenga en su colocación; en que no se establezcan restricciones para las inversiones extranjeras; en que se proteja a la agricultura capitalista y se reduzca al mínimo la agricultura ejidal; en que se siga canalizando el comercio exterior de nuestro país hacia los Estados Unidos y no se establezcan por ningún motivo relaciones mercantiles con los países socialistas; en que se derogue el Artículo 30. de la Constitución para que las escuelas privadas enseñen religión de una manera abierta y no clandestina como actualmente lo hacen; en que se derogue el Artículo 50. de la misma Carta Magna, para que puedan funcionar libremente las órdenes monásticas; en que se derogue el Art. 130 del mismo Ordenamiento, para que la Iglesia y los sacerdotes puedan intervenir en la política nacional, aboliendo las Leyes de Reforma incorporadas en la ley suprema de la República y se reconozca, *de facto*, a la Iglesia, como una institución con personalidad jurídica y con derecho a participar en la dirección de la nación mexicana.

Esas son las demandas que desde hace años ha levantado el clero y que apoyan los sectores de derecha de la burguesía nacional y los múltiples agentes del imperialismo norteamericano. Ese es el comunismo contra el cual combate la Iglesia. Todavía no se atreve a decirlo porque tiene organizaciones numerosas que hablan por ella. Tal vez en el futuro lo intente;

# ¿Comunismo o Cristianismo?

Por Vicente Lombardo Toledano

Desde la rebelión *cristera* el clero católico de nuestro país no había vuelto a actuar de una manera abierta en la política nacional. Pero hace algunos meses inició una batalla contra el "comunismo" con todas las fuerzas de que dispone, dejando atrás al Partido Acción Nacional y a la Unión Nacional Sinarquista y aún a la Acción Católica, que le sirven en tiempos normales como instrumentos de propaganda de los objetivos que persigue. En todos los frentes se halla el clero. Sale a la calle resueltamente, además de usar los púlpitos todos los días, planteando el dilema de "comunismo o cristianismo", para explotar otra vez, como lo ha hecho a lo largo de la historia de nuestro pueblo, el sentimiento religioso de muchos mexicanos afirmando que la libertad de creencias está en peligro.

Las autoridades locales y federales permanecen indiferentes o impasibles ante la ofensiva clerical. Confían en la fuerza del Poder Público y prefieren seguir la política de ignorar las violaciones sistemáticas a la Constitución que los sacerdotes llevan a cabo, esperando que pase la agitación que provocan, para volver al *modus vivendi* que existe desde hace tiempo entre el Estado y la Iglesia y que consiste en tolerar que los artículos de la Constitución que le dieran un sentido nuevo al estatuto liberal de 1857 por el Congreso Constituyente de Querétaro, sean desobedecidos.

¿Contra cuál comunismo pelea el clero mexicano? No hay un solo partido político, ni una organización social en nuestro país, que se proponga establecer el comunismo en esta etapa de nuestro desarrollo histórico. El comunismo no está en el orden del día de las luchas sociales y políticas de México. El clero lo

sabe bien, pero usa su vieja táctica de combatir ante las masas ignorantes de nuestro pueblo a un supuesto enemigo, sin decir cuál es, en qué consiste y por qué pone en peligro las instituciones que nos rigen. Entre más grande es la mentira decían los líderes del partido nazi de Alemania, tiene más probabilidades de ser creída. Por eso el clero habla del peligro del comunismo. A veces, sin embargo, ciertos sacerdotes audaces explican lo que entienden por comunismo: la supresión de la libertad de conciencia; la disolución de la familia; la rebelión de los hijos contra sus padres; la educación carente de valores espirituales; la pérdida de todos los bienes personales de los mexicanos y extranjeros que viven en nuestro país; la obligación de los individuos de trabajar forzosamente en las actividades que el Estado les señale y la proclamación de una filosofía de la vida en la que sólo los intereses biológicos se contemplan. ¿Los sacerdotes que difunden estas mentiras grotescas saben que están mintiendo, o son tan ignorantes que creen en ellas? La mayor parte de los componentes del clero son ignorantes; pero quienes los dirigen y les transmiten las consignas que deben difundir entre el pueblo, son conscientes de que están manejando burdas calumnias.

El comunismo consiste en llevar el régimen socialista a un grado tal de desarrollo, que la sociedad funcione de acuerdo con el siguiente principio: a cada quien según sus necesidades por el trabajo que haya realizado al servicio de los intereses colectivos. El socialismo se basa en otro principio diferente: a cada quien según la importancia de la labor que haya llevado a cabo en beneficio de la comunidad. Es fácil advertir, por tanto, que para que el comunismo pueda existir es necesario que las fuerzas productivas hayan llegado a un nivel tan alto, que los bienes dedicados al consumo y todos los servicios alcancen un volumen y una calidad de tal naturaleza, que las personas dispongan de lo necesario no sólo para vivir civilizadamente, sino para superar constante-

mente su nivel biológico, social y cultural sin ningún límite.

En el mundo de hoy apenas la Unión Soviética ha entrado en los preliminares del sistema comunista de la vida social, después de cerca de medio siglo de establecido el régimen socialista. En los demás países en donde el socialismo se construye, el esfuerzo de la clase trabajadora que forma el pueblo, se encuentra todavía en el período de la edificación de la sociedad socialista.

Si esta es la realidad, ¿contra cuál comunismo combate la Iglesia Católica en México? ¿Contra el comunismo del futuro, o contra el socialismo que se está construyendo? ¿Trata el clero de evitar que la Unión Soviética llegue al comunismo o que los países europeos y asiáticos que viven en el régimen socialista vuelvan al pasado? Sería ridículo que lo intentara, como lo sería el hecho de que se lanzara en contra de la independencia nacional de los pueblos de Africa o Asia, distantes de nuestro país miles de kilómetros. Pero si no combate el clero mexicano al socialismo de otros continentes de la tierra, ¿contra cuál comunismo se levanta en nuestro país? ¿A qué le llama el clero comunismo en México? La respuesta a esta última pregunta nos conduce a precisar el verdadero panorama social de nuestro país.

El "Tigre de Tacubaya", el general Leonardo Márquez, uno de los personajes más torvos y sucios de nuestra historia, acusó al paladín de la Reforma y a sus colaboradores de pretender establecer el comunismo en México. Fue el precursor de esa campaña. Después el general Miguel Miramón, cuando avanzaba sobre Veracruz en donde estaba el gobierno legítimo de la República, encabezado por Benito Juárez, según consta en el diario de la campaña que redactó y publicó uno de los miembros de su Estado Mayor, anunciaba que su marcha tenía como objetivo liquidar a los comunistas del puerto. Más tarde Porfirio Díaz pidió al Gobernador del Estado de Puebla, Juan Crisóstomo Bonilla, que ex-

pero por lo pronto lucha en contra del comunismo en abstracto.

La verdad es también que esa ofensiva extraordinaria del clero contra las instituciones democráticas de la vida nacional tiene otro propósito: el de servir a los intereses del extranjero, como siempre lo ha hecho en los momentos críticos de la vida de nuestro pueblo y de la nación mexicana. Obedece a una consigna del imperialismo yanqui, que tiene una de sus grandes cajas de resonancia en el mundo occidental en el Vaticano. Se trata de destruir a la Revolución Cubana, para que los pueblos de la América Latina escarmienten y se resignen a la situación en que se encuentran. Calificando al régimen de Cuba como un régimen comunista, la Iglesia se esfuerza por convencer a los mexicanos, sin decirlo, porque para eso tiene otros órganos de expresión, de que no vayan a imitar a la Revolución de la Isla. Por eso ha lanzado la consigna de "comunismo o cristianismo". La ofensiva es también, en consecuencia, la participación del clero mexicano en la política internacional, al servicio de los círculos gobernantes de los Estados Unidos de Norteamérica. Para este fin congregan en Puebla, en León y en otros lugares del país, a miles de campesinos que van por temor a no incurrir en las penas eclesiásticas —la excomunión funciona entre ellos como la "cláusula de exclusión" en manos de los líderes sindicales deshonestos— y oyen los discursos encendidos de la jerarquía eclesiástica contra el comunismo, sin entender absolutamente nada. Pero eso no importa, porque lo interesante es que la Iglesia pueda decir que los mexicanos, especialmente los campesinos, parte considerable de los cuales no hablan español, se pronuncian contra el comunismo.

El dilema de cristianismo o comunismo es falso también, porque nadie atenta en contra del cristianismo, ni como creencia religiosa, ni como doctrina social, ni en México ni en ninguna parte del mundo. Hace dos mil años que se pregona el cristianismo y

seguramente se seguirá difundiendo entre todos los que quieran oír no sólo a la Iglesia Católica, sino también a las iglesias protestantes y a las iglesias ortodoxas, todas ellas cristianas. En los países socialistas el respeto a la libertad de creencias es absoluto. En muchos de ellos los sacerdotes reciben una retribución que el Estado les paga para que puedan officiar al servicio de los creyentes. También por este hecho es falso el dilema y no podrá llegar más allá de los oídos o de los labios de quienes reciben la consigna.

El dilema de México no es ese, sino otro muy concreto y nada nuevo: el de seguir impulsando la Revolución Mexicana o pronunciarse contra ella. En otras palabras, el dilema de progresar en beneficio del pueblo hasta conquistar la plena independencia económica de nuestra nación o el de intentar parar la historia y volver a la etapa anterior a la Constitución de 1857, con algunos toques del lenguaje contemporáneo.

¿Y la Constitución de la República, está en vigor o no? ¿Van a permitir las organizaciones obreras, las campesinas, las de servidores del Estado y de maestros de escuela, los partidos políticos democráticos y revolucionarios, los círculos de intelectuales y las agrupaciones de la juventud, que esta ofensiva que tiene muchos aspectos de subversión se siga desarrollando ante sus ojos sin decidirse a actuar?

Los impulsores del progreso de nuestro país no han provocado a la Iglesia nunca. Ha sido ésta la que ha pretendido anular las instituciones democráticas de la vida nacional. Combatieron la Constitución de 1857, la de 1917 y sus leyes reglamentarias, y ahora no les basta el escenario de nuestro país y se lanzan también a pretender paralizar el progreso de los pueblos de la América Latina.

Los revolucionarios de México no deben olvidar las lecciones de la historia. Al clero no se le apacigua nunca sino entregándole el Poder.

9 de Junio de 1961.